

TRIBUNA ABIERTA

Cosas de mujeres



POR ANTONIO
NARBONA

A favor de la obviedad de que cada cerebro es único y su desarrollo depende de múltiples variables, no de que se sea mujer u hombre

EN 1950, G. Salvador se percató de que las mujeres de Vertientes y Tarifa, dos pequeñas localidades granadinas, tenían fama de «bien habladas» entre las poblaciones vecinas «por hablar con las s» y no ser *yeístas*, a diferencia de los hombres, que pronunciaban *¿han yegao ya loh niño de la hcuela?* como la mayoría de los andaluces y muchos que no lo son.

En 1981, recién aterrizado en Córdoba, fui invitado a un *peró(l)*, y el anfitrión, un prohombre de la ciudad, tras los saludos de rigor, indicó, cortésmente, dónde se encontraban «las mujeres», y allí dócilmente se encaminó la mía.

Casi nada en común hay entre uno y otro hecho, pero es probable que hoy la discrepancia lingüística en esas aldeas de la provincia de Granada se haya esfumado, y casi seguro que la reacción de quien nos acogía en su finca cordobesa resultaría «políticamente incorrecta».

Los usos lingüísticos reflejan en cada momento toda desigualdad social, como el *racismo*, el *clasismo*... y el *machismo*. Es muy fácil criticar que en el *Diccionario académico cojonudo* sea lo «magnífico y excelente» y un *coñazo* lo «latoso e insoportable», pero ¿cambiaría la sociedad si se pudiera imponer cojonazo para lo inaguantable y *coñudo* para lo estupendo? Ni la difusión de *los ciudadanos y las ciudadanas, ciudadan@s, ciudadanía, jóvenes y jóvenes, juventud*... (hasta se oye y lee los *sujetos y las sujetas*, donde el femenino puede interpretarse de forma indeseada) ni la proliferación de *guías* contra la discriminación sexual van a acelerar la consecución de una sociedad más justa e igualitaria.

De las diferentes percepciones que de los movimientos *feministas* (el correlato de machistas sería **hembristas*) se han ido sucediendo, deberíamos haber aprendido que el comportamiento idiomático no precede, sino que sigue a las conquistas de las mujeres, y que cualquier intento de acelerar artificialmente un cambio ha de sopesar las consecuencias ¿Se plasmará en la lengua la reivindicación actual de los «no binarios» de no quedar encuadrados en uno de los dos sexos «tradicionales»? Y si no parece haberse extendido el uso de *femicidio* (**femicidio* acabó por descartarse) ¿no será porque *homicidio* «muerte causada a otra persona» no descarta a nadie, lo mismo que ocurre con el *hombre es mortal*? El *Diccionario académico* ha sustituido *mujer fácil* «liviana en su relación con los hombres» (*liviana* «de moral relajada en lo que se refiere al sexo») por *persona*. Pero es ingenuo confiar en que se generalice (¿alguien va a referirse a los *hombres fáciles*?) y esperar que ello vaya a modificar una situación injustificable. Mientras los hombres es-

tén seguros de que no van a ser socialmente sancionados (al contrario, el hombre «fácil» no deja de gozar de cierto «reconocimiento») y las mujeres no consigan revertir las condiciones que las mantienen en desventaja, las innovaciones semánticas no servirán para mucho. No sólo con el adjetivo *fácil* se marca a las pocas de tal conducta (si abundaran ¿para qué los prostíbulos?), sino con otros términos que gradúan su «facilidad», hasta llegar a las lagartas «prostitutas», que sí cuestan...dinero. Todo es reflejo del «control» *masculino*. El idioma no tiene la culpa.

Que en los estudios sociolingüísticos la variable sexo cada vez pese menos y apenas se tenga en cuenta, no quiere decir que el *machismo* (no se emplea **masculinismo*, sí *masculinidad*) haya sido erradicado. En un Congreso celebrado en la Universidad valenciana (1994) sobre el papel de las *Mujeres* en la cultura española y latinoamericana (entre los intervinientes, sólo tres varones), todavía hubo que argumentar contra el arraigado estereotipo de la «complementariedad» de hombres (proveedores) y mujeres (procreadoras y cuidadoras), y a favor de la obviedad de que cada cerebro es único y su desarrollo depende de múltiples variables, no de que se sea mujer u hombre.



ABC

Tanto como la inutilidad de asirse a la lengua para resolver las desigualdades, preocupa la caída en la cretinez. En la *Guía sobre comunicación socioambiental con perspectiva de género*, editada (con dinero público) por la Junta de Andalucía (2008), en que se llega a la conclusión de que «el ecofeminismo, es una forma de entender el funcionamiento de la sociedad, basado en la ética del cuidado hacia nosotros/as y hacia los/as demás, así mismo esta ética del cuidado ha de extenderse hacia la naturaleza en toda su amplitud» (les aseguro que no he puesto o variado ni una coma), figura, como pie de una foto en que un bombero intenta rescatar de su casa inundada a una madre que agarra fuertemente a su bebé, lo siguiente: «el hombre, como autoridad y salvador; la mujer como persona débil que tiene que ser salvada». Suponemos que cumpliría con su deber de socorrer, sin esperar a que llegara una bombera.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA